

Cortázar en la Trinchera

Fernando Butazzoni

Una tarde del mes de junio de 1983 llegué hasta una trinchera sandinista ubicada a unos pocos cientos de metros de la frontera con Honduras, en las cercanías de la finca "El Porvenir". Allí había algunos soldados, una pieza de artillería y los desechos habituales en lugares así: papeles, latas vacías, vainas de proyectiles. De a ratos los somocistas, ubicados del otro lado de la guardarraya fronteriza, hostigaban la posición con fuego de fusiles y ametralladoras. Los soldados casi no conversaban, y los que estaban de guardia se limitaban a observar hacia el frente y de tanto en tanto disparar con su AK.

Yo me acomodé como pude, sintiéndome algo intruso con mi cámara de fotos y mi cuaderno de apuntes y mi aspecto demasiado parecido a esa

fauna que por esos días pululaba en la zona, y a la cual los soldados de las trincheras mencionaban con una sonrisa burlona:

—Periodistas— decían.

La tarde transcurría sin demasiadas novedades. Como a las cinco pasó un avión con la bandera hondureña pintada en el fuselaje y se perdió por detrás de los cerros que forman la cordillera de Dipilto, en Honduras.

Al rato empezaron a caer los morteros. Primero caían bastante lejos de nuestra posición, pero luego se fueron acercando, y a medida que se aproximaban las explosiones parecían desintegrarse en una serie de sonidos que no tenían nada que ver con el ruido de una explosión: se percibía un ruido silbante que era un tajo en el aire y

después un sonido como de madera seca al partirse, infinitamente ampliado y mezclado con algo que se asemejaba a un galope, un galope sordo, afelpado, que empezaba a cubrir todos los sentidos y que terminaba siendo un manto oscuro golpeando dentro de nuestras cabezas.

Entonces lo vi.

Era un viejo ejemplar de **Rayuela**, con las tapas verdes y el lomo deshilachado. En la tapa tenía escrito con un bolígrafo: "Rayuela. J. Cortázar". Era una letra grande y despareja, escolar. El libro estaba colocado sobre una mochila, y de uno de los bolsillos de la mochila asomaba un cepillo de dientes. Me acerqué y me puse a hojear el libro, y los morteros seguían cayendo y los soldados sandinistas estaban demasiado ocupados como para prestar atención a lo que yo hacía.

Fue después, por la noche, que un soldado de Matagalpa de nombre Javier Molina me contó que cuando ellos llegaron a ocupar la trinchera ya el libro estaba ahí, y que era seguro que algún otro combatiente lo había dejado olvidado al partir hacia la retaguardia. Me dijo que ahí estaba su lugar, que ese libro no debía estar en la retaguardia sino en las trincheras.

—Lo leemos entre todos —dijo—. Uno lee en voz alta y los demás escuchamos.

Era de noche y todo estaba tranquilo, y lo único que se escuchaba era un lejano fuego de fusilería, hacia el

oeste. Javier fumaba recostado a la pared de la trinchera, y yo trataba de recordar su rostro ahora escondido en la oscuridad. Era un muchacho de unos veinte años, de ojos oscuros y pelo largo, revuelto. Durante el bombardeo lo había visto disparar una y otra vez hacia el frente. El tiroteo por momentos se acercaba traído por el viento, y yo pensaba en **Rayuela** y en la historia de Horacio Oliveira y en la pobre Maga vagando por los puentes del Sena. Y pensaba en estos soldados que peleaban con el nombre de Sandino en los labios, y que a veces morían, desde que el General se fue para San Rafael del Norte ellos peleaban y morían pero seguían combatiendo y ahora estaban en el poder y estar en el poder significaba venirse a las montañas con los fusiles y los cantos y los libros, juntarse alrededor del centro vertiginoso de **Rayuela** y pensar que el tiempo de la guerra ha de terminarse algún día, y no con la derrota.

Estuvimos largo rato en silencio. Javier fumaba y de vez en cuando levantaba la cabeza por encima del borde de la trinchera, se quedaba un instante inmóvil, atento, y luego volvía junto a mí. Después yo le pregunté por qué creía que el lugar del libro era ahí, en la trinchera, y no en la retaguardia. El se quedó callado un momento, aplastó el cigarrillo contra la tierra, carraspeó antes de hablar.

—Es como si la gente del libro estuviera aquí —dijo—. Es como si el tipo que escribió esa novela estuviera con nosotros en la trinchera.